
REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA

AÑO LX / NÚM. 1

ENERO - MARZO DE 1998

1/98

Mutación de la identidad canadiense*

SIMON LANGLOIS**

Resumen: Los ciudadanos de una nación pertenecen a ella por un simbolismo compartido que se manifiesta en producciones colectivas como la literatura, las ideologías o la historiografía. Desde los años cincuenta, Canadá ha acogido a siete millones de inmigrantes que se autodefinen simplemente como "canadienses", no como "canadienses ingleses" o "canadienses franceses". Los indígenas defienden con orgullo su identidad cultural, pero sin renegar de su pertenencia a Canadá. La identidad canadiense francesa tradicional ha desaparecido: al definirse como "bilingües", los francófonos que viven fuera de Quebec se han negado a reconciliar su identidad con la nueva identidad canadiense. Por otra parte, los quebequenses francófonos han desarrollado una identidad nacional propia, distinta de la étnica. Por tanto, la nueva identidad canadiense y la identidad quebequense se desarrollan en universos de referencia diferente, lo cual plantea el problema de redefinir un nuevo modelo constitucional para Canadá.

Abstract: The citizens of a nation are part of her due to a shared symbolism which is expressed in collective works such as Literature, ideologies or Historiography. Since the 50's, Canada has welcomed 7 million immigrants who declare themselves simply as "Canadians", not as "English-Canadians" or "French-Canadians". Amerindians defend with pride their cultural identity, but they don't reject the fact that Canada is their country. The traditional French-Canadian identity has vanished —defining themselves as "bilingual", the French-speakers who live outside Quebec have refused to reconcile their identity with the new Canadian one. As to the French-speakers from Quebec, they have developed their own national identity, different from the ethnic one. Therefore, the new Canadian identity as well as the Quebecois one develop in different environments, posing the problem of redefining a new constitutional model for Canada.

¿CÓMO SE DIFERENCIAN LOS CANADIENSES DE los estadounidenses? ¿Cómo se distinguieron en el pasado los canadienses ingleses de los canadienses franceses? Y ¿de qué manera se distinguen en la actualidad los canadienses ingleses de los quebequenses sino mediante la representación que se hacen de ellos mismos y de la brecha, casi física, que han establecido entre ellos y los otros? A este respecto, cuando en 1950 André Siegfried hablaba del alma de los pueblos —esa otra manera de explicar la identidad (Gagnon, 1995)— trataba de definir la identidad canadiense sólo a partir de algunos rasgos, lo cual es arriesgado en sí. Definir la identidad de una nación exige, en primera instancia, analizar los discursos que la constituyen. La estructura de la identidad nacional se apoya, antes que nada, en una construcción social. En un ensayo inconcluso, el sociólogo francés Marcel Mauss ha expresado muy bien esta idea al sostener que "una nación cree en su lengua" (1920). Ahora, si el vocablo "lengua" pudiera llamar la atención en primer lugar, en este caso preciso es más bien la palabra *creer* la que parece ser fundamental, pues señala con claridad que la identidad se constituye principalmente como una representación. Mauss agre-

* El autor agradece al profesor Iván Zavala (Facultad de Ciencias Políticas, UNAM) y al profesor Antonio Alaminos (Universidad de Alicante, España) por sus observaciones a una primera versión de este texto.

** Dirigir correspondencia a: Cité Universitaire, Université Laval, Quebec, Canadá G1K 7P4; tel.: 1418 656 2142; fax: 1418 656 7390; e mail: Simon.Langlois@ soc.ulaval.ca.

ga: "En resumen, todos los ciudadanos que forman la nación son parte de la idea que la dirige" (Mauss, 1920, 1969: 591). La idea directriz: otra manera de confirmar que la identidad se origina en una imagen ideal ("imaginaria"), que se revela en los trabajos intelectuales. Si el discurso es la base de la identidad, ¿de qué discurso se trata? y ¿cómo se autodenomina la identidad nacional? A ese respecto, Fernand Dumont (1993, 1995) proporciona nuevos índices que aclaran el tema al identificar los procedimientos de construcción de una referencia nacional. Dumont define a la "nación" como una "[...] agrupación basada en la referencia, lo cual significa que las personas que se reúnen se sienten atraídas por los mismos simbolismos y los mismos discursos ideológicos. Historiadores y poetas, como muchos otros, contribuyen tanto a dar forma a esas concepciones simbólicas y a los discursos como a elaborar y confirmar la referencia" (Dumont, 1993:341). Más allá de las tendencias de clase, religión, región, edad o sexo, lo que surge es un sentimiento común de ser parte de algo que se funda en la referencia simbólica, que a la vez se pone de manifiesto en los trabajos colectivos tales como la literatura, las proposiciones filosóficas (ideologías) o la historiografía. Ese sentimiento de pertenencia se traduce en un sentir colectivo en lo que se refiere a la nación y es necesario diferenciarlo del nacionalismo (Todorov, 1989; Colas, *et al.*, 1991; Schnapper, 1991). Entre Dumont y Siegfried la diferencia es radical. A fin de caracterizar la identidad, Siegfried propone a la sociedad como una realidad objetiva; esta idea se opone al pensamiento de Dumont, para quien la sociedad sería una interpretación de sí misma.¹

Este punto de vista es el que ha llamado nuestra atención. Para analizar los contornos de la identidad canadiense es necesario adoptar una perspectiva histórica (que nos permitirá rastrear el origen de las referencias simbólicas), perspectiva que nos ha guiado en la elaboración de este ensayo. Nos ha parecido necesario delimitar la cuestión de la identidad de Canadá con base en representaciones elaboradas por los mismos grupos que han formado el país y que comparten en este momento el mismo espacio imaginario, que en un principio ya habían definido las naciones indígenas, el mismo que más tarde dividirán los acadienses,² los canadienses franceses, los canadienses ingleses, así como los canadienses de todas las regiones, sin olvidar a los neocanadienses venidos de todos los horizontes.

¿Es aún plural la identidad canadiense?, es decir, ¿se define esta identidad de manera diferente a partir de un grupo? ¿Está fragmentada dicha identidad, tal como lo consideran Bourque y Duchastel? (1995, 1996). Si a través de la historia las representaciones de la identidad canadiense han sido diversas, ¿podemos decir que actualmente hay una verdadera identidad nacional canadiense, una identidad que pretende ser una nueva totalidad en el umbral del siglo XXI? La respuesta a esta pregunta no es sencilla.

¹ "[...] aun si las representaciones derivan sus condiciones de producción del cuerpo social, ¿no podríamos privilegiarlas para una mejor comprensión de la constitución de un 'imaginario social' que sirviera de referencia tanto a los científicos como a los individuos sociales?" (Dumont, 1992: 339-340).

² Acadia: región atlántica de Canadá.

EXTRANJERO EN SU PROPIA TIERRA

Poblado en un principio por los grupos autóctonos, Canadá se ha constituido, en el transcurso de la historia, sin reconocer explícitamente la participación de éstos en la formación del país. En efecto, a pesar de la gran cantidad de población autóctona, Canadá no se definió desde un principio como un país con identidad autóctona. Tampoco se les ha reconocido como pueblos fundadores. Así, los grupos autóctonos han vivido olvidados por la historia y confinados en reservas. Sólo hace poco tiempo se ha comenzado a escribir una historia nueva en la que se les concede una participación en la fundación. De la misma manera, sólo en los últimos años la imagen del indígena americano surge como un fantasma en la identidad canadiense, tal como surge el inconsciente en los procesos de psicoanálisis (Commission Royale sur les Peuples Autochtones, 1996).

Rémy Savard es probablemente quien mejor ha caracterizado la identidad autóctona al calificar al indígena canadiense *como el extranjero que vive en su propia tierra*. Esta hermosa expresión nos lleva hacia los dos componentes del proceso de construcción de la identidad: la afiliación y la relación con el "otro". Concretamente, los primeros habitantes de Canadá, los indios canadienses, son paradójicamente extranjeros en su propio país. Como resultado de haber vivido al margen de la sociedad canadiense y hasta hace poco sin un poder político real, los autóctonos se encuentran aún bajo la tutela del Estado federal. Sin embargo, en la década de los ochenta desarrollaron una autodeterminación que les ha permitido un cierto poder de negociación, particularmente con los diferentes gobiernos federales. Se puede hablar del ejercicio de un nuevo poder, lo que está modificando radicalmente su identidad colectiva (Conrad *et al.*, 1993; Dickason, 1992).

Los autóctonos han comenzado a apartar de ellos la imagen de desprecio y de autodestrucción que tenían de sí mismos, y a afirmar su propia identidad con un orgullo renovado. Si bien el autóctono ya no tiene una imagen negativa de sí mismo, no se puede decir lo mismo de las representaciones sociales que todavía son válidas en la población no autóctona, la cual sigue transmitiendo la imagen folclórica y estereotipada. Las relaciones entre autóctonos y blancos constituyen, sin duda, el ejemplo típico de la representación social identitaria, tal como la imagen que nos devuelve el espejo, lo cual ha sido bien demostrado por Denys Delâge.

Generalmente, blancos e indios están de acuerdo en ver al otro como la imagen opuesta de sí mismos (efecto espejo). Al bárbaro sin fuego, ni domicilio, ni fe, ni rey, se opone el sedentario civilizado, cristiano y súbdito de un rey; desde hace algún tiempo se opone al blanco decadente, arribista, egoísta, materialista, destructor de la naturaleza, la imagen del indio generoso, auténtico, religioso, ecologista. De una u otra manera, el resultado concreto conduce al despojo de una identidad. Por lo tanto, corresponde a los blancos dejar de ver en los indios la imagen opuesta de sí mismos. Lo contrario debe afirmarse con la misma firmeza (Delâge, 1995:49).

Los indios canadienses se agrupan en subconjuntos bastante heterogéneos en relación con las condiciones de vida; pero en otro plan, como en el relacionado con un

modo de vida tradicional mítico, tienen un referente común. En un principio, su identidad colectiva específica se constituyó en el hecho de compartir una tradición común, una misma relación con la naturaleza, una historia común y una relación igualitaria con el "otro". Eso es cierto; pero es probable que sea su estado de dependencia del gobierno federal y la vida en reservas lo que les ha dado un sentimiento de compartir la misma situación, lo que habría desembocado finalmente en un deseo compartido de poner fin a esta situación (Assiwini, 1973; Trigger, 1976).

El aporte de las comunidades indígenas a la construcción de la identidad de los primeros habitantes no autóctonos del país fue considerable, pero esto se desconoce en gran medida, como lo ha demostrado Denys Delâge (1985, 1992, 1995). Dicho aporte necesita ser estudiado, aunque el hecho de saber que existe es ya una conquista que será necesario tener en cuenta en estudios futuros.

DEL CANADÁ FRANCÉS A LAS COMUNIDADES FRANCÓFONAS

Desde un principio, la identidad canadiense se construyó con base en la presencia francesa en América; los primeros colonos franceses se identificaron a sí mismos como canadienses con objeto de diferenciarse de los franceses europeos. Los primeros historiadores y exploradores describen sus costumbres y hacen notar que desde ese entonces su manera de vivir era diferente (Dufour, 1989; Cook, 1995). El hecho de haberse identificado a sí mismos como canadienses ha dejado huellas profundas en la mentalidad de los quebequenses francófonos. Las personas de más edad continuarían definiéndose como "canadienses" hasta los años sesenta, mientras que los anglófonos serían identificados como *los ingleses* (Létourneau y LaRue, 1993). He ahí los dos aspectos que constituyen la identidad: una definición de sí mismos y la referencia a "un otro" significativo, a una figura opuesta (Simard, 1990).

A partir de la mitad del siglo XIX, los ciudadanos británicos o anglosajones comenzaron a apropiarse de la identidad canadiense. Debido a tal situación, los canadienses empezaron desde ese momento a definirse como "canadienses franceses". Después del fracaso de la Unión del Alto y del Bajo Canadá (Bennet y Jaenen, 1986), la Confederación de 1867 no hace sino poner de manifiesto dos identidades paralelas: la canadiense francesa y la canadiense inglesa. En 1839, lord Durham describe la lucha de dos naciones dentro de un mismo estado. Por su parte, André Siegfried, en 1912, observa la presencia de dos razas obligadas a redefinir en conjunto lo que es o será Canadá. Desde el punto de vista canadiense francés, el Canadá que se instauró durante la Confederación, desde 1867 hasta 1967, fue binacional. Durante este período, el Acta Británica de la América del Norte se definió como un pacto entre dos naciones, entre dos pueblos fundadores.³ El texto constitucional de 1867 no hace

³ El año de 1967 señala una fecha muy importante en la historia constitucional de Canadá. Varios acontecimientos notables tuvieron lugar: la publicación preliminar del informe de la Comisión Laurendeau-Dunton; la conferencia constitucional que inauguró la participación de los primeros ministros

referencia a la palabra *nación* canadiense. Lo que hace es más bien describir la puesta en marcha de una federación que reconoce, por un lado, ciertas particularidades del Canadá francés y, por otra, el carácter británico de esta parte de América del Norte. Gordon Robertson (1991) ha demostrado que los Padres de la Confederación se interesaron en mantener dos formas de diversidad: la que existe entre las regiones y la diversidad lingüística y cultural.

La interpretación de la Confederación, definida como un contrato entre dos pueblos fundadores, ha sido rechazada por ciertos historiadores canadienses-ingleses, al mismo tiempo que es aceptada por muchos otros. El programa electoral del Partido Conservador, bajo el mandato de Robert Stanfield durante 1968, y las "páginas azules" del Informe de la Comisión Laurendeau-Dunton (entre otros ejemplos), no hacen sino reconocerlo explícitamente. Por lo demás, el mandato de la Comisión hace alusión explícita a la noción de dos naciones fundadoras:

[...] investigar e informar sobre el estado actual del bilingüismo y del biculturalismo, así como recomendar la toma de medidas a fin de que la Confederación canadiense se desarrolle a partir del principio de igualdad entre las dos naciones que la fundaron, teniendo en cuenta la aportación hecha por los otros grupos étnicos al enriquecimiento cultural de Canadá [...] (p. xi).

Lo importante aquí no es tomar partido entre dos interpretaciones que forman parte del pasado, lo que actualmente no tiene ningún interés, sino que el Canadá francés creyó durante largo tiempo en esa tesis, lo que significaba una manera muy concreta de delinear la identidad canadiense, sus lazos con Canadá como entidad colectiva, como comunidad nacional que hace referencia a un simbolismo común, destacando así una cierta utopía: la de un Canadá que reconocía oficialmente el aporte fundador de la influencia francesa desde su origen. De esa manera, los dos pueblos fundadores han vivido en mundos sociales diferentes, pero sobre todo en universos de simbolismos diferentes, en los cuales los canadienses franceses mantuvieron una relación de colonizados frente a los canadienses ingleses, de lacayo francés frente al patrón inglés, para utilizar las categorías de análisis de los años sesenta.

Para salir del estado de inferioridad económica y de su dependencia de tipo colonial, dos modelos se han propuesto a los canadienses franceses: la afirmación nacional, que se apoya específicamente en el Estado quebequense en el momento de la Revolución tranquila, y la afirmación de la influencia francesa en todo Canadá, concretada bajo el gobierno de Pearson y que se acentuó bajo el gobierno de Pierre Elliott Trudeau. En ese momento se confrontaron dos visiones para promover lo francés: la afirmación nacional de una comunidad mayoritaria en Quebec y la de los

provinciales; la presentación de los Estados generales del Canadá francés; la notoriedad que alcanzó Pierre Elliott Trudeau con la publicación de su obra sobre el federalismo, sin olvidar el célebre discurso de Charles de Gaulle, que dio a conocer al mundo entero el movimiento independentista quebequense.

derechos individuales de los francófonos minoritarios en todo Canadá, dos visiones que desde finales de los años sesenta están en conflicto (Bergeron, 1985; Laforest, 1992).

¿De qué manera ha evolucionado el Canadá francés? Y, todavía más importante: ¿cómo ha cambiado con el tiempo la interpretación que tiene de sí mismo?

La identidad canadiense francesa tradicional se ha basado en los lazos de descendencia, de afiliación o de consanguinidad. Esta identidad no estaba restringida a un territorio; al contrario: estaba presente en todo Canadá, en Nueva Inglaterra o en cualquier parte donde la diáspora de los canadienses franceses se hubiera reunido alrededor de una Iglesia. Actualmente, esta identidad canadiense francesa tradicional ha desaparecido; de ahora en adelante se representa como una identidad fragmentada (Harvey, 1995).

Dicha fragmentación se origina en una contradicción fundamental que ha caracterizado al Canadá francés, contradicción que Gilles Gagné (1996) ha puesto en evidencia y que demuestra que durante el siglo XIX el Canadá francés tradicional se desdobló en dos esferas de instituciones diferentes. Por un lado la Iglesia, que controlaba de manera efectiva las grandes instituciones nacionales referentes al Canadá francés, en los territorios desde el noroeste hasta Massachussetts, por lo cual atravesaba las fronteras políticas de las provincias y de los estados. Por el otro, un Estado embrionario y una legislación moderna y democrática (controlada por canadienses franceses), hizo su aparición en Quebec, pero desprovistos de poderes efectivos sobre una parte importante del Canadá francés.

Varios son los factores que han originado esta dispersión o ruptura (Langlois, 1995). El primero de ellos es, sin duda, la pérdida de influencia de la Iglesia católica como institución, la cual ya no ejerce un control eficaz sobre la vida cotidiana de los canadienses franceses. Escuelas, hospitales e instituciones de beneficencia han sido recuperados por el Estado benefactor, aunque aún se percibe el importante papel que desempeña la Iglesia católica en la supervivencia de la identidad francesa en el medio anglófono, como se puede ver hoy en varias comunidades de Nueva Inglaterra o en el oeste canadiense. Por otra parte, la urbanización ha disgregado a la mayor parte de los sistemas de vida homogéneos propios de los medios rurales en los cuales vivían los francófonos, agrupados alrededor de sus iglesias. El caso de Saint-Boniface, que se ha transformado en un suburbio de Winnipeg, ilustra muy bien este proceso, sin olvidar las ciudades francófonas establecidas alrededor de la capital de Manitoba. La industrialización les ha conducido a trabajar en medios mayoritariamente anglófonos. Muy a menudo, la escolarización de los jóvenes se hace en instituciones bilingües, sobre todo en los niveles de secundaria y universidad. Por último, los medios de comunicación y las industrias culturales son poderosos factores que imponen el inglés como lengua de uso y que también contribuyen a estructurar el pensamiento colectivo. Probablemente el año de 1967 marca el fin del Canadá francés imaginario. Los Estados generales del Canadá francés, que tuvieron lugar en Montreal en aquel año, no pudieron más que reconocer la ruptura entre el Quebec francés y las comunidades canadienses francesas dispersas en el resto de Canadá.

La identidad acadiense se ha diferenciado desde un principio de la identidad canadiense francesa asentada en Quebec, diferencia que se remonta al régimen francés (Thériault, 1983). De alguna manera, la identidad acadiense se ha reforzado gracias al apoyo del gobierno de Nueva Brunswick. Tenemos aquí una comunidad nacional que tiene un gran sentido de pertenencia y que también se ha dotado de referentes comunes; como ejemplo, baste nombrar el recuerdo mítico de la deportación de sus antepasados, que ahora, con pudor, se le llama la "Gran Molestia". El hecho de ser minoritaria no le impide afirmarse con decisión (Thériault, 1983). En el sistema de enseñanza, en las artes, la literatura y la economía es donde la identidad acadiense encuentra su asidero.

Los acadienses han ganado poder en el campo político y ocupan la mayor parte de los cargos en la administración pública de la provincia donde se encuentran mayormente concentrados. Acadia se ha declarado oficialmente bilingüe, lo que le proporciona un reconocimiento jurídico, al mismo tiempo que le concede recursos de desarrollo. Las personas con una escolaridad más alta se identifican con más frecuencia como "acadienses", y de este modo manifiestan su identidad francófona; mientras que los menos escolarizados se definen como "bilingües", con lo cual atribuyen al inglés un lugar en la definición de ellos mismos que no los diferencia radicalmente de los anglófonos o de los *ingleses*. Definirse como *bilingües* significa que no están obligados a escoger entre una identidad francesa y una inglesa (Boudreau, 1995).

Incluso fuera de Quebec y de Acadia, la identidad canadiense francesa se percibe como la característica de un grupo; sin embargo, se transforma, cada vez más, en una característica de los individuos. Esta afirmación probablemente sorprenderá, por lo cual es necesario subrayar que las comunidades francófonas que viven fuera de Quebec o de Acadia no ejercen mucho control político sobre las grandes instituciones que enmarcan su vida cotidiana y su trabajo. No olvidemos que, en la perspectiva de Trudeau, la adopción de la Ley de Lenguas Oficiales tenía como objetivo principal garantizar el acceso a servicios en francés en todo Canadá, no promover los intereses colectivos de una agrupación nacional, como es el caso de las leyes lingüísticas de Quebec (Thorsell, 1991). Los francófonos de Ontario, Manitoba, Saskatchewan, Alberta, la Columbia Británica, se definen de preferencia por su pertenencia provincial más que en referencia a un Canadá francés mítico. Consideran su bilingüismo como una característica positiva, una ventaja, a pesar de los peligros de asimilación que ello significa. Incluso en este caso se observan diferencias según las clases sociales (Bernard, 1988; Langlois, 1995b). La élite francófona de Toronto ha adoptado el multiculturalismo y se ha opuesto de hecho a la élite franco-ontariense, más inclinada a una visión tradicional de la comunidad de lengua francesa.

El *nosotros* francófono, en las comunidades de lengua francesa fuera de Quebec y de Acadia, es un *nosotros* en peligro de "etnización". Este diagnóstico corre el peligro de parecer un poco radical. Digamos, para suavizar las cosas, que los francófonos que viven fuera de Quebec o de Acadia continúan considerándose comunidad nacional, aunque ésta haya perdido la significación política que tenía al principio de la Confederación y durante todo el tiempo en que se habló de la dualidad canadiense.

Desde el momento en que el Canadá inglés se mostró más reticente a aceptar la tesis de dos naciones fundadoras, y a partir del momento en que Quebec se define como una sociedad distinta, se puede afirmar sin lugar a dudas que el Canadá francés perdió los medios de afirmarse como comunidad política y que prácticamente se ha despedazado en minorías nacionales regionalizadas. Bruscamente, en el transcurso de apenas algunos años, la expresión canadiense francesa ha envejecido a tal punto que, cuando se la invoca en algún discurso oficial o en alguna conversación, tiene resabios anacrónicos.

Sin embargo, no deja de ser interesante observar, de pasada, cómo ha evolucionado la identidad franco-estadunidense. Considerada durante algún tiempo como una prolongación natural del Canadá francés, la comunidad franco-estadunidense se ha distanciado lentamente de este último. Los canadienses franceses que viven en los "Canadá" en miniatura se han transformado en franco-estadunidenses, y más tarde en estadunidenses con raíces francesas (Chartier, 1996). A partir de 1930, la historiografía franco-estadunidense, por su parte, ha abandonado progresivamente la única referencia que la unía al Canadá francés, con el fin de dar más importancia a Francia, la madre patria; es decir, se hace referencia a un origen más prestigioso y con rivetes míticos que al del modesto Canadá francés de los antepasados. La lengua francesa está en vías de desaparecer en esas comunidades, a pesar de que quedan algunos lugares donde subsiste; no se trata ya del recuerdo de lo que fue una utopía nacional, sino más bien de un origen étnico entre tantos otros de los Estados Unidos de América (Weil, 1989; Roby, 1990).

LA IDENTIDAD NACIONAL QUEBEQUENSE

Gérard Bouchard (1993) ha demostrado que durante el siglo pasado, las élites canadienses francesas construyeron una identidad basada en falsas representaciones. La historiografía de la época ha documentado la especificidad quebequense, no en el hecho de que se trataba de una sociedad joven, sino más bien en su relación con un pasado mítico. De esta manera, las élites han creado un universo cultural falso que no tiene ningún nexo con la cultura popular. Esta separación entre cultura erudita y cultura popular ha resultado en una ruptura total. La nación, como es definida por las élites tradicionales, no ofrece ningún sentido que permita reavivar el sentimiento de pertenencia. La distancia entre identidad cultural e identidad nacional se ha extendido considerablemente.

Lengua

Los quebequenses francófonos no definen su identidad como una identidad étnica más entre las otras de Canadá. La conciben como una identidad nacional que encuentra asidero en la lengua francesa y que está investida de un poderoso valor simbólico (Bourque, 1990; Thompson, 1995; Dussault, 1995; Dumont, 1995). De ahí

deriva la gran carga emocional que lleva consigo la lengua y el acuerdo generalizado entre los francófonos que la promueven en las instituciones y en el espacio público.

Quebec lleva consigo un profundo sentimiento de identidad nacional que es muy desconcertante para la mayoría de los anglófonos norteamericanos: un sentimiento de identidad nacional unido a una lengua nacional que, por lo demás, es una lengua en amenaza de desaparición (Taylor, 1986: 242).

¿Es la lengua el único punto de apoyo de la identidad quebequense? ¿Existe una especificidad quebequense, como lo pretende el libro blanco que se ocupa de *La politique québécoise du développement culturel* [La política quebequense del desarrollo cultural], publicado por el gobierno de Quebec en 1978? O ¿es la cultura quebequense tan sólo un "territorio imaginario", según la expresión de Morin y Bertrand (1979)? Christian Dufour (1989) tiene un punto de vista nuevo sobre la cuestión, que muestra cómo la identidad se definía a partir de un límite y cómo ésta se apoyaba sobre un poder político, única garantía verdadera de su permanencia y de su durabilidad.

Territorio

La identidad quebequense se ha construido a partir de la pertenencia a un territorio restringido a las fronteras de Quebec. Sin embargo, espera asociar a los *recién llegados* de diferentes orígenes al núcleo existente (Bouchard, 1995; Breton, 1988). Esta identidad se define actualmente como una identidad nacional (Létourneau, 1992). Para los quebequenses, la lengua se ha transformado en el vehículo privilegiado para asegurar la integración de los inmigrantes a un mismo grupo y contar con su participación en la sociedad anfitriona.

El francés, en su condición de lengua oficial, marca la pertenencia a una sociedad civil dada y pretende ser el punto de convergencia de los individuos que viven en su interior. El francés desempeña, por lo tanto, el mismo papel que el inglés en el resto de Canadá y en Estados Unidos: la lengua no es sólo un indicador de pertenencia a un grupo étnico dado, sino también el medio de participar dentro de una sociedad global. J. J. Simard (1990) hace una distinción entre lengua oficial y lengua civil. La primera sería la lengua común de los ciudadanos, la que deben aprender los inmigrantes para participar en la comunidad anfitriona y que puede ser objeto de políticas oficiales del Estado, como ha sido el caso en Canadá y en Estados Unidos (sobre el caso estadounidense, véase el trabajo de Baron, 1990). La segunda sería la practicada en la vida privada. Lejos de ser el reflejo extenuado de una minoría incapaz de reproducirse, las leyes lingüísticas de Quebec traducen la voluntad de éste de integrar a los "recién llegados", lo que entraña transformar a Quebec al mismo tiempo. En efecto, ¿no podríamos sostener que Quebec se interesa en hacer lo mismo que han hecho y están haciendo Canadá, Estados Unidos o Francia, o sea, darse una lengua común?

Innumerables son las veces en que se ha insistido en el carácter defensivo del nacionalismo canadiense francés, basado en la lucha por la supervivencia, la idealización del pasado y la inquietud. El nacionalismo quebequense actual es completa-

mente diferente (Balthazar, 1986). "El nacionalismo de Quebec está dejando de ser un nacionalismo de resentimiento y se transforma rápidamente en un nacionalismo que busca la afirmación de sí mismo" (Ignatieff, 1995:156). En realidad, el nacionalismo quebequense se ha transformado en un nacionalismo cívico (Breton, 1988, 1994). A partir de ahora, el alejamiento de la etnicidad se expresa en el discurso de una voluntad de ser, según Daniel Jacques (1991). Esta transformación del nacionalismo y de la identidad quebequenses no ha sido percibida claramente por los observadores de lo que sucede en Quebec. En efecto, el nacionalismo quebequense contemporáneo hace la promoción de Quebec como Estado nacional de todos aquellos que viven allí. Tal confusión entre los dos tipos de nacionalismos se encuentra ampliamente difundida en los trabajos de intelectuales canadienses,⁴ y se confunde sentimiento nacional y nacionalismo. Sin embargo, es muy importante hacer notar el hecho de que ese modelo quebequense de integración aún no funciona a plenitud. Muchos más nuevos inmigrantes aprenden el francés que los grupos cuya llegada precedió a la promulgación de la Ley 101 en 1978; empero, la atracción que ejerce el inglés es importante, sobre todo a causa de las exigencias del mercado de trabajo. Por otra parte, la concentración más numerosa de inmigrantes se encuentra en la región de Montreal, donde el bilingüismo está mucho más difundido. Una de las razones por la que los inmigrantes de la región de Montreal —más que los del resto de Canadá— se sienten más inclinados a utilizar su lengua de origen podría derivarse de que tanto ellos como sus hijos deben enfrentarse a la disyuntiva entre hablar inglés o francés y así, ante la duda, optan por lo más conocido: su lengua materna.

La sociedad quebequense tiene también una historia: conquistada y colonizada, pertenece a Canadá, del cual es un componente importante desde todo punto de vista. De esto resulta una sociedad con una identidad desgarrada entre dos posiciones extremas; en ello concuerdan todos los analistas. Jean Larose sostiene que "la nación quebequense se ubica entre la dependencia del canadiense francés y la independencia del quebequense" (Larose, 1983:175). Mejor que muchos otros, Bouthillette domina esta dualidad en su obra *Le Canadien français et son double* (1989). Bergeron (1985), por su parte, ha demostrado muy bien que esta doble pertenencia ha sido representada a lo largo de más de 25 años por dos personalidades carismáticas del mundo político: Pierre Elliott Trudeau y René Lévesque.

Los lazos y el sentimiento de pertenencia a Canadá son aún muy fuertes en el medio francófono de Quebec; pero estos lazos hacia Canadá se refieren al Canadá —real o imaginario— de André Laurendeau o a un Canadá que otorgaría una gran autonomía a Quebec en la búsqueda de su afirmación, y no a ese Canadá que plantea la igualdad absoluta para todas las provincias. Su adhesión se refiere sin duda al Canadá federado de 1867 que acepta la diversidad —el Canadá federal tal como lo

⁴ Véase, por ejemplo, Ramsay Cook (1995), quien sostiene que la concepción de la nación que se encuentra en el discurso del Partido Quebequense es la de una comunidad cultural homogénea. Para tener otro punto de vista, véase Carens (1995).

describen, entre otros, Lenihan, Robertson y Tassé (1995), Jeremy Weber (1994), James Tully (1995) o Charles Taylor (1992)— y no al Canadá de 1982. Es necesario insistir a propósito de un rasgo particular de la identidad quebequense francófona: su americanismo. Los quebequenses son también norteamericanos que hablan francés (Rocher, 1979: 36-37).

Estados Unidos ejerce un poderoso atractivo sobre la mentalidad quebequense e incluso, en ciertos medios, una verdadera fascinación que siempre ha sido considerable en los medios populares y en la clase obrera, sobre todo de mediados del siglo XIX a mediados del siguiente. La americanidad de la que hablamos no debe confundirse con la americanización, la cual quiere decir que la cultura quebequense se inscribe en un nuevo espacio cultural que sustituye a los referentes europeos tradicionales (Bouchard y Lamonde, 1995).

¿DE LA IDENTIDAD CANADIENSE INGLESA A LA IDENTIDAD CANADIENSE?

En una entrevista concedida a *La Presse* el 2 de julio de 1994, Desmond Morton sostiene que la identidad canadiense presenta más dificultades para ser circunscrita que su equivalente quebequense. Según Morton en el Canadá inglés hay un crisol activo, "pero dicho crisol es más bien estadounidense y casi no da cabida a una definición propia de identidad canadiense". Nuestra posición no concuerda con el diagnóstico de Morton, pues proponemos que una nueva identidad canadiense se está formando. Por lo tanto, es necesario que conozcamos su origen para, así, comprender sus contornos.

Dos "otros" importantes han marcado profundamente la identidad canadiense inglesa tradicional: los estadounidenses y los canadienses franceses. Sin embargo, la relación con esos "otros" dos significativos ha cambiado a lo largo de los años y los mencionados en último término ya no son necesariamente vistos como "peligrosos". Comenzaremos por analizar cómo el Canadá inglés ha construido su identidad en oposición a los Estados Unidos.

A menudo se oponen los principios que han guiado a los redactores del Acta de la América del Norte Británica de 1867 —paz, orden y buen gobierno— a los que inspiraron a quienes idearon la Revolución estadounidense: vida, libertad y búsqueda de la felicidad. En un libro curiosamente titulado *Continental Divide* [División continental] (1990), el sociólogo estadounidense Seymour Martin Lipset sostiene que el continente norteamericano comenzó a dividirse hace más de 200 años en dos entidades opuestas: una lo ha hecho a partir de una revolución y la otra, mediante una contrarrevolución. La primera sería, en sus orígenes, liberal, igualitaria y rebelde (*whig*); la segunda, conservadora, autoritaria y monárquica (*tory*). Si el símbolo por excelencia de lo "imaginario" estadounidense ha sido la frontera, la supervivencia y la herencia han sido los elementos que han dominado durante dos siglos, de alguna manera, el espacio mental canadiense (Atwood, 1971, 1995). Si el análisis de Lipset es atinado, Quebec y el resto de Canadá tendrían, necesariamente, mucho más en

común de lo que se cree generalmente (Langlois, 1992). Desmond Morton, por su parte, insiste en complementar el análisis de Lipset a propósito de la mentalidad de perdedor propia de la identidad canadiense:

Una faceta importante de la identidad canadiense es el lugar que concede a los perdedores, ya sean los monarquistas derrotados en las colonias estadounidenses o los habitantes de Nueva Francia, conquistados por Inglaterra; sean los inmigrantes irlandeses huyendo del hambre o, en fin, los refugiados políticos, recientemente recibidos (Morton, 1994:B-1).

Durante el siglo XX, el Estado canadiense ha sido más intervencionista que su equivalente estadounidense en materias económicas, sociales y culturales y, sobre todo, en la creación del Estado benefactor. En pocos años, los canadienses han llegado a valorar los programas sociales a tal punto que los consideran como una característica que los distingue de los estadounidenses.

En el plano cultural, Canadá ha sido también intervencionista con la implantación de instituciones nacionales tales como la radio y la televisión públicas, la *Office* nacional de cine o el Consejo para las Artes de Canadá, que han contribuido enormemente a formar la imagen que los canadienses anglófonos tienen de ellos mismos, pero también la de los quebequenses; esto no hay que olvidarlo. En el plano económico, el intervencionismo canadiense ha sido más importante. En ese campo, Canadá se ha preocupado por apuntalar una economía central poderosa, por medio de tarifas aduaneras que han irritado durante mucho tiempo al oeste canadiense, lo cual parece asegurar, de cierta manera, una repartición equitativa de la riqueza entre todas las regiones del país. Dichas políticas no existen en Estados Unidos. La política nacional sobre la energía, adoptada por el gobierno federal luego del *crash* petrolero de 1973, es un buen ejemplo de la intervención del Estado central en nombre de una cierta idea de lo que debía ser el país.

Tres factores han reformulado la identidad canadiense, al mismo tiempo que han disminuido enormemente las diferencias tradicionales entre Estados Unidos y Canadá: el hincapié hecho en la integración económica del continente norteamericano, la inmigración y la elaboración de una nueva cultura política en relación con la Carta canadiense de derechos y libertades.

Integración económica continental

En primer lugar, el continentalismo —considerado entre 1960 y 1970 como la negación misma de la identidad canadiense— ha ganado mucho terreno, como consecuencia del Tratado de Libre Comercio (primero con Estados Unidos, luego con México), sin olvidar la adopción de cambios en las políticas comerciales dentro del contexto de la mundialización. Actualmente, la economía canadiense está mucho más integrada a la economía del continente norteamericano, como lo demuestra el considerable aumento de los intercambios Norte-Sur desde la adopción del TLC.⁵

⁵ Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

La economía canadiense experimenta una profunda mutación; la crisis en los fondos públicos, que se ha desatado durante los años noventa ha obligado al Estado canadiense a redefinir el conjunto de los programas sociales.

Importantes empresas públicas canadienses han sido privatizadas (Air Canada, Petro-Canada, Canadian National) y el capitalismo de Estado va en retirada. Importantes compromisos financieros ponen en jaque a las grandes instituciones públicas (Radio Canada, los Consejos de Investigación, etcétera). Además, el capitalismo canadiense se extiende hacia Estados Unidos. ¿Señalan todos estos cambios un acercamiento entre Canadá y Estados Unidos? Y, como consecuencia, ¿significa esto una pérdida de los rasgos específicos de la esencia de la identidad canadiense? Sólo el futuro lo revelará, aunque la tendencia está ahí. Por lo demás, es necesario subrayar que, aun si el Canadá inglés está bastante integrado en el espacio socioeconómico estadounidense, esto demuestra un gran dinamismo en el plano cultural —tanto en la literatura como en la canción popular, el cine y las artes plásticas— que le sirve para afirmar su propia identidad, que es diferente de la de Estados Unidos. Si este análisis es correcto, las tendencias económicas y culturales conocerán desarrollos diferentes.

Inmigración

La inmigración, en segundo lugar, ha transformado tanto la morfología de Canadá como la definición con que se identificaba el país (Roy, 1995; McRoberts, 1991, 1995). Canadá es tierra de inmigración. En este preciso momento, Toronto es probablemente la ciudad más cosmopolita del mundo. El biculturalismo —soñado por las élites canadienses francesas y que trató de imponerse durante un tiempo en los años sesenta— fue dejado de lado a favor del multiculturalismo, con lo cual el país formuló una política adaptada a su nueva morfología. El multiculturalismo adoptado por Canadá ha sido percibido en Quebec como un intento de dar una imagen trivial, en cierto modo, de la afirmación de su identidad al hacer de los quebequenses un grupo étnico entre otros. Esta interpretación no es compartida por el resto de Canadá, que considera que el multiculturalismo constituye una manera original de integrar a los nuevos inmigrantes, al mismo tiempo que le permite diferenciarse de los Estados Unidos. Sobre este plan, la política de inmigración canadiense es totalmente diferente de las que han adoptado otros países. Por su parte, Francia ha escogido un modelo jacobino de integración que iguala las diferencias y que privilegia la igualdad entre todos los ciudadanos. “Entréguenme soldados y yo les devolveré franceses”, decía Napoleón. Estados Unidos ha privilegiado un modelo liberal de integración de los individuos al gran sueño estadounidense de una sociedad libre —sea cual fuere su origen, su lengua o su cultura— en la cual cada quien es responsable de sus actos.

Ciertamente, el multiculturalismo es un componente esencial de la *nueva* definición oficial que los canadienses formulan de ellos mismos; sin embargo, dicha política oficial está plagada de contradicciones. Resulta bastante difícil construir una identidad propia sobre la base de la diversidad. Actualmente, en ciertos medios surgen

críticas dirigidas a la política oficial canadiense del multiculturalismo; se le reprocha sobre todo enclaustrar a las comunidades culturales en sus diferencias (Bissoondath, 1995). Para otros, el multiculturalismo es un mito propio de Canadá, ya que en la realidad los individuos se integran de hecho en la sociedad que los acoge, la cual es predominantemente de cultura anglófona, como lo ha demostrado el sociólogo John Conway.

Y entonces se produjo el mito del multiculturalismo según el cual Canadá era un mosaico formado por muchas culturas e identidades nacionales en el cual los quebequenses serían una y los canadienses ingleses, otra. Esto dio como resultado la negación de una binacionalidad esencial y de la realidad bicultural de Canadá, al mismo tiempo que enmascaró efectivamente la hegemonía permanente del Canadá inglés. El multiculturalismo oficial ignoró la realidad sociológica de que los inmigrantes en gran medida han integrado una u otra de las naciones canadienses inglesas o quebequenses (amén de haber influido en ellas de manera única y a menudo asombrosa) mediante una especie de integración funcional... aunque reacia a la asimilación (Conway, 1992: 140).

El análisis de Bibby (1990) concuerda con esta posición. Si Canadá y Estados Unidos tienen ciertas divergencias a propósito del discurso público sobre la inmigración, en lo referente a la práctica cotidiana se parecen mucho: el crisol se encuentra activo en las dos sociedades, y los desafíos que presenta la integración armoniosa de los diversos grupos de inmigrantes son los mismos. La gran diversidad de orígenes de los canadienses que viven fuera de Quebec y su integración a la mayoría anglófona son quizás el caldo de cultivo más poderoso y el punto de partida de la nueva autodefinición que está formulándose en Canadá. Una nueva totalidad está en proceso de formación y se define simplemente como "canadiense", totalidad que se contrapone al sueño del biculturalismo o binacionalismo de los canadienses francófonos de principios de siglo. Esta identidad se expresa primeramente y antes que nada en inglés. El hecho de que los francófonos que viven fuera de Quebec se definan como "canadienses bilingües" y no como "canadienses franceses" es una prueba de esta evolución.

Carta de Declaración de Derechos y Libertades

Finalmente, Canadá formuló, en 1982, una Carta de Declaración de Derechos y Libertades que cobra enorme importancia simbólica en la cultura canadiense. La referencia a los derechos de la persona ha cambiado, probablemente, la cultura política del país y contribuye sobre todo a la construcción de una identidad nueva, en el centro de la cual hay una referencia que privilegia a los individuos sobre la colectividad (Cairns, 1992). La Carta de Declaración Canadiense de Derechos y Libertades contiene varias disposiciones que se orientan hacia la proposición de los derechos colectivos, pero en los hechos es necesario hacer notar que los derechos individuales se han transformado en referencia obligada.

La relación del Canadá inglés con la realidad francesa se ha modificado enormemente a lo largo de los años (Denis, 1992). La relación con ese segundo "Otro" significativo ya no es la misma, lo cual ha modificado la definición que de sí mismo

se hace en referencia con el otro. Varias razones han llevado a las dos identidades a redefinir sus relaciones; examinaremos las dos que nos han parecido más importantes.

Se observa en principio una neta polarización de las lenguas en Canadá. El francés es la lengua materna del 82% de la población de Quebec y el inglés es la lengua materna usada habitualmente en el hogar del 80% de la población en las otras nueve provincias. Fuera de Quebec, alrededor del 10% de la población canadiense se declara "bilingüe", contra 35% en esta provincia. La tasa de asimilación de los francófonos fuera de Quebec y las transferencias lingüísticas del francés hacia el inglés son altas. Según Charles Castonguay (1996), la tasa de asimilación acumulativa de los francófonos fuera de Quebec ha pasado de 54% en 1971 a 67% en 1991, lo cual resulta bastante considerable. En efecto, Canadá es cada día más anglófono, mientras Quebec, por su parte, ha mantenido en más del 80% la proporción de su población que habla francés. En realidad, fuera de Quebec, Canadá se define como un país anglófono, con minorías francófonas que se autodefinen "bilingües"; con este hecho reconocen la preponderancia de la lengua inglesa como referente principal, mientras Quebec, por su lado, ha consolidado su propia identidad. Canadá es un país bilingüe, es verdad, pero no bicultural.

Otra razón que explica el aumento de la diferencia entre el Canadá inglés y Quebec es el desarrollo de instituciones paralelas, no sólo en la esfera cultural, sino en otros campos como el social y el económico. Para ilustrar esta situación, tomemos el caso de una institución que ha desempeñado un papel importante en la construcción de la identidad canadiense: Radio Canada. En los hechos, la televisión pública funciona en dos universos culturales separados y hay pocas relaciones entre la producción de las dos redes, las cuales son más bien dos identidades independientes. Quebec y Canadá abordan el multiculturalismo de manera diferente. Para Quebec resulta fundamental una política de integración fijada sobre la convergencia. Un buen ejemplo son los COFI, estructuras únicas para recibir a los inmigrantes, que ofrecen cursos de idiomas y de civilización, pero que también se preocupan de informar sobre la vida cotidiana y cívica de la sociedad que acoge a dichos inmigrantes. El discurso público se basa más bien en la integración en la sociedad donde se establecen los recién llegados y sobre la necesidad de construir una cultura cívica común.

En resumen, asistimos en este momento al surgimiento y probablemente a la consolidación de una nueva identidad canadiense, una identidad propia⁶ que comienza a identificarse como tal (Resnik, 1995). Esta nueva identidad canadiense se inscribe en la prolongación de la identidad canadiense inglesa, pero rompe con la historia del país. Latouche (1995), Laforest (1992, 1995) y otros analistas políticos han mostrado que el contrato de 1867 —la Unión Federal inscrita en el Acta de América del Norte Británica— fue roto de manera unilateral en el momento de la

⁶La expresión inglesa de *unhyphenated canadianism* expresa muy precisamente la idea de un Canadá como una nueva totalidad, sin necesidad de adjetivarlo (en inglés o en francés).

repatriación de la Constitución desde Londres, en 1982. A este propósito, Latouche escribe en 1995 (p. 81): "Se decidió que no se podía permitir que el país continuara existiendo sin que fuera una nación". La Ley constitucional de 1982 sirvió de base a ese nuevo marco nacional canadiense.

Este nuevo Canadá encuentra también adeptos en Quebec, que hacen su promoción, como es el caso de la revista *Cité Libre*, o también *Aliance Québec*. Sin embargo, hay hechos que hacen pensar que las fuerzas federalistas francófonas no comparten esta nueva visión de Canadá; por ejemplo, el discurso oficial del Partido Liberal de Quebec, lo cual deja a los federalistas en una postura muy incómoda.

CONCLUSIÓN

Al final de este breve recorrido es posible anticipar una respuesta a la pregunta que nos hicimos al principio. Efectivamente, hay identidad canadiense, una representación de sí en calidad de totalidad o como "comunidad imaginaria", según la expresión de Anderson (1983). Los francófonos del exterior de Quebec han logrado conciliar su propia identidad con esta identidad canadiense al definirse como "bilingües". Los inmigrantes recién llegados a Canadá no podían definirse como canadienses ingleses, ya que no eran de cepa británica; se identificaron simplemente como canadienses y aprendieron el inglés para participar de esta manera en la vida civil de su nuevo país. En 1996, los tres primeros ministros de las provincias de las Praderas (oeste canadiense) eran todos nuevos ciudadanos. Como no eran de origen británico, se autodefinían como "canadienses", que es lo mismo que hacen (y cada vez en mayor cantidad), los inmigrantes que no son británicos. Pasa lo mismo con los indios canadienses, que muestran con orgullo su identidad cultural distinta y que esperan obtener mayores poderes para que sus comunidades se desarrollen, todo sin poner en duda su pertenencia a Canadá. En resumen, los canadienses han desarrollado un profundo sentimiento nacional que se expresa en la vinculación que tienen con su gran país del norte y en los símbolos que lo caracterizan: la hoja de maple, el castor, la bandera, el himno nacional.

En cuanto a Quebec, la mayoría de los ciudadanos de lengua francesa, sean federalistas o soberanistas (separatistas), han desarrollado también un profundo sentimiento nacional que les pertenece, aunque no es reconocido en el nuevo Canadá que surge y que se muestra reacio a otorgarle un lugar especial a Quebec en el seno de la Confederación, ya sea aceptando un tipo de federalismo asimétrico o aceptando las reivindicaciones tradicionales que Quebec ha formulado de diferentes maneras: estatus especial, Estados asociados, sociedad distinta, asociación soberanista. La historia de los fracasos constitucionales, desde la primera conferencia de 1967 hasta el rechazo mediante el plebiscito del Acuerdo de Charlottetown en 1992, indica que esta reti-

cencia es infranqueable (Cook, 1994). Sucede que la nueva identidad canadiense y la identidad quebequense coexisten y se desarrollan paralelamente en universos de referencia distintos.

Traducción de B. Mónica Valenzuela

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict (1983), *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso.
- Assiwini, Bernard (1973), *Histoire des Indiens du Haut et du Bas Canada*, t. 1, Montreal, Léméac.
- Atwood, Margaret (1971), *Strange Things: The Malevolent North in the Canadian Literature*, Oxford, Clarendon Press.
- Atwood, Margaret (1995), *Survival. A Thematic Guide to Canadian Literature*, Toronto, Anansi.
- Balthazar, Louis (1986), *Bilan du nationalisme au Québec*, Montreal, L'Hexagone.
- Balthazar, Louis, Guy Laforest y Vincent Lemieux (comps.) (1991), *Le Québec et la restructuration du Canada, 1980-1992*, Sillery, Septentrion.
- Baron, Dennis (1990), *The English-Only Question. An American Language for Americans?*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Bennett, Paul W. y Cornelius J. Jaenen (1986), *Emerging Identities. Selected Problems and Interpretations in Canadian History*, Scarborough, Ontario, Prentice-Hall Canada Inc.
- Bergeron, Gérard (1985), *Notre miroir à deux faces*, Montreal, Québec-Amérique.
- Bernard, Roger (1988), *De Québécois à Ontariois*, Hearst, Le Nordir.
- Bibby, Reginald W. (1990), *Mosaic Madness. The Poverty and Potential of Life in Canada*, Toronto, Stoddart.
- Bissoondath, Neil (1995), *Le marché aux illusions*, Montreal, Boréal.
- Bouchard, Gérard (1993), "Une nation, deux cultures. Continuités et ruptures dans la pensée québécoise traditionnelle (1840-1960)", en *La construction d'une culture. Le Québec et l'Amérique française*, bajo la supervisión de G. Bouchard en colaboración con Serge Courville, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval, pp. 4-47.

- Bouchard, Gérard (1995), "La nation au singulier et au pluriel. L'avenir de la culture nationale comme paradigme de la société québécoise", *Cahiers de Recherche Sociologique*, 25, pp. 79-100.
- Bouchard, Gérard e Yvan Lamonde (comps.) (1995), *Québécois et Américains. La culture québécoise aux XIXe et XXe siècles*, Montreal, Fides.
- Boudreau, Annette (1995), "La langue française en Acadie du Nouveau-Brunswick, symbole d'appartenance, mais pas seulement...", en S. Langlois (comp.), *Identité et cultures rationales*, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval, pp. 135-150.
- Bourque, Gilles (1990), "La sociologie, l'État, la nation", *Cahiers de Recherche Sociologique*, 14, primavera, pp. 153-161.
- Bourque, Gilles y Jules Duchastel (1995), "Pour une identité canadienne postnationale, la souveraineté partagée et la pluralité des cultures politiques", *Cahiers de Recherche Sociologique*, 25, pp. 17-58.
- Bourque, Gilles y Jules Duchastel (1996), *L'identité fragmentée. Nation et citoyenneté dans les débats constitutionnels canadiens, 1941-1992*, Montreal, Fides.
- Bouthillette, Jean (1989), *Le Canadien français et son double*, Montreal, L'Hexagone.
- Breton, Raymond (1988), "From ethnic to civic nationalism", *Ethnic and Racial Studies*, 113, 1, pp. 85-102.
- Breton, Raymond (1994), "Modalités d'appartenance aux francophonies minoritaires. Essai de typologie", *Sociologie et Sociétés*, 1, pp. 59-70.
- Cairns, Alan C. (1992), *Charter Versus federalism. The Dilemmas of Constitutional Reform*, Montreal y Kingston, McGill-Queen's University Press.
- Carens, Joseph H. (1995), *Is Quebec Nationalism Just? Perspectives from Anglophone Canada*, Montreal y Kingston, McGill's University Press.
- Castonguay, Charles (1996), "Vérité et mensonges sur la langue", *Le Devoir*, 1^{er} de abril, p. A-7.
- Chartier, Armand (1996), *Histoire des Franco-Américains. 1775-1990*, Sillery, Septentrion.
- Colas, Dominique, Claude Emeri y Jacques Zylberberg (comps.) (1991), *Citoyenneté et nationalité. Perspectives en France et au Québec*, Paris, Presses Universitaires de France.
- Commission Royale sur les Peuples Autochtones (1996), t. 1: *Un passé, un avenir*, t. 2: *Une relation à redéfinir*, t. 3: *Vers un ressourcement*, t. 4: *Perspectives et réalités*, Ottawa, Ministre des Approvisionnement et Services.
- Conrad, Margaret et al. (1993), *History of the Canadian Peoples: Beginning to 1867*, Toronto, Copp Clark Pitman.

- Conway, John F. (1992), *Debt to Pay. English Canada and Quebec from the Conquest to the Referendum*, Toronto, James Lorimer & Company.
- Cook, Curtis (comps.) (1994), *Constitutional Predicament. Canada After the Referendum of 1992*, Montreal y Kingston, McGill-Queen's University Press.
- Cook, Ramsay (1995), *Canada, Québec and the Uses of Nationalism*, 2a. ed., Toronto, McClelland & Stewart Inc.
- Delâge, Denys (1985), *Le pays renversé. Amérindiens et Européens en Amérique du Nord-est 1600-1660*, Montreal, Le Boréal Express.
- Delâge, Denys (1992), "L'influence des Amérindiens sur les Canadiens et les français au temps de la Nouvelle France", *Lekton*, 2, 2, pp. 103-191.
- Delâge, Denys (1995), "Autochtones, Canadiens, Québécois", en MAICC, *Colloque des professeurs 1993-94*, pp. 35-51.
- Denis, Serge (1992), *Le long malentendu: le Québec vu par les intellectuels progressistes du Canada-anglais. 1970-1991*, Montreal, Boréal.
- Dickason, Olive (1992), *Canada's First Nations: A History of Founding Peoples from Earliest Times*, Toronto, McClelland and Stewart.
- Dufour, Christian (1989), *Le défi québécois*, Montreal, L'Hexagone.
- Dumont, Fernand (1993), *Genèse de la société québécoise*, Montreal, Boréal.
- Dumont, Fernand (1995), *Raisons communes*, Montreal, Boréal.
- Dussault, Gabriel (1995), "La sacralité de la langue française au Québec", en S. Langlois e Yves Martin (comps.), *L'Horizon de la culture. Hommage à Fernand Dumont*, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval, pp. 473-485.
- Gagné, Gilles (1996), "Tradition et modernité au Québec: d'un hiatus à l'autre", en Michaël Elbaz, Andrée Fortin y Guy Laforest (comps.), *Les frontières de l'identité. Modernité et postmodernisme au Québec*, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval.
- Gagnon, Nicole (1995), "L'identité équivoque", en Simon Langlois e Yves Martin (comps.), *L' horizon de la culture. Hommage à Fernand Dumont*, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval, pp. 177-185.
- Harvey, Fernand (1995), "Le Québec et le Canada français: histoire d'une déchirure", en S. Langlois (comp.), *Identité et cultures nationales*, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval, pp. 49-64.
- Ignatieff, Michael (1993), *Blood and Belonging. Journeys into the New Nationalism*, Toronto, Viking.
- Ignatieff, Michael (1995), "Québec: la société distincte, jusqu'où?", en Jacques Rupnik (comp.), *Déchirement des nations*, Paris, Seuil, 1995, pp. 139-156.

- Thompson, Dale (1995), "Language, identity, and the nationalist impulse: Québec", en C. F. Doran y E. R. Babby (comps.), *Being and Becoming Canada. The Annals*, marzo, pp. 69-82.
- Thorsell, William (1991), "Radiographie d'un grand malade", *Le Devoir*, 17 de abril.
- Todorov, Tzvetan (1989), *Nous et les autres*, París, Seuil.
- Trigger, Bruce G. (1976), *The Children of Aataentsic: A History of the Huron People to 1960*, Montreal y Kingston, McGill-Queen's University Press.
- Tully, James (1995), *Strange Multiplicity. Constitution in an Age of Diversity*, Montreal y Kingston, McGill-Queen's University Press.
- Weber, Jeremy (1994), *Reimagining Canada: Language, Culture, Community and the Canadian Constitution*, Montreal y Kingston, McGill-Queen's University Press.
- Weil, François (1989), *Les Franco-Américains, 1860-1980*, París, Belin.